

Franconia de Sajonia, y donde brotan el Mein por un lado, y el Saale por el otro; se atraviesan por tres desfiladeros, que son los de Bayreuth en Hof, Kronach en Schleitz, Coburgo en Saalfeld, y se baja á Sajonia por el valle del Saale. El segundo camino se halla á la izquierda de esos montes cubiertos de arbolado que forman la selva de Thuringe, y siguiéndolo, se vuelve á subir el Mein, de Maguncia hasta Hanau: allí se deja para penetrar en el valle de la Werra, ó pais de Fulde, se deja á la derecha la selva de Thuringe, se baja por Eisenach, Gotha y Weimar, y se llega á las orillas del Elba. Este camino ha sido siempre la carretera de Alemania, esto es, la de Francfort á Leipsick.

El tercer camino, consiste en fin, endar vuelta al centro montañoso de la Alemania, y subir hácia el Norte, hasta llegar á la llanura de Wesfalia, lo cual se consigue siguiendo la corriente del Rhin hasta Wesel, pasándolo en esta poblacion, y caminando en seguida por medio de Wesfalia y Hanover, á la derecha de los montes y á la izquierda del mar. Al paso se encuentra el Ems, el Weser, y por último el Elba, convertido en aquel sitio en uno de los rios mas caudalosos de Europa.

De estos diferentes medios de penetrar en los llanos del Norte, Napoleon escogió el primero, es decir, el que va á parar desde el nacimiento del Mein al del Saale, atravesando los desfiladeros de Franconia.

Los motivos que tuvo para obrar así eran muy poderosos, pues en primer lugar tenia sus tropas en la Franconia alta, y si las conducia hácia el Norte para llegar á Wesfalia, se esponia á tener

que andar doble ó triple camino, y á revelar su movimiento, aunque no fuese mas que con lo largo del tránsito. Además de la estension y de lo que significaba aquel tránsito, hubiera encontrado el Ems, el Weser y el Elba, teniendo que atravesar estos rios por la parte baja de su curso, esto es, por donde son un verdadero obstáculo para el caminante. Estas razones eran mas que suficientes para que solo quedasen dos partidos que tomar; á saber, ó entrar en la carretera central de Alemania, que se dirige por Francfort, Hanau, Fulde, Gotha, y Weimar hácia Leipsick, y pasa á la izquierda de la selva de Thuringe; ó bien era preciso volver á subir el Mein hasta su nacimiento, y salir al valle de Saale por el del Mein, lo cual dependia de pasar á la derecha de la selva de Thuringe. Sin embargo, entre estos dos caminos, era mucho mas preferible el segundo por una razon importante para el plan general de Napoleon y su sistema de guerra. Cuanto mas á la derecha pasase, tantas mas probabilidades tenia de coger la vuelta á los prusianos por la izquierda, llegando al Elba mas pronto que ellos, separándolos de Sajonia, quitándoles los recursos y soldados que por ella pudieran recibir, pasando el Elba por el punto mas fácil de atravesar, apoderándose de Berlin, y por último, despues de adelantarse á los prusianos hácia el Elba, adelantarse tambien en el Oder, que era por donde los rusos podian llegar en socorro suyo. Si Napoleon conseguia este objeto, hacia una cosa parecida á lo que hizo el año anterior, cuando cogió la vuelta al general austriaco Mack, le privó de los auxilios rusos, y cortó en dos mitades las fuerzas de la

coalicion, á fin de derrotarlas una tras otra. Llegar primero al Elba y al Oder, era, pues, el gran problema que habia que resolver en aquella guerra, y para ello debia preferir Napoleon los desfiladeros que van á parar de Franconia á Sajonia, pasando á la derecha de la selva de Thuringe: esto sin contar que todas sus tropas habian sido conducidas allí, y para entrar en accion no tenian sino partir del punto en que se hallaban.

Pero lo que debia hacer sobre todo, era que los prusianos pusiesen en duda su verdadero proyecto, persuadiéndoles iba á tomar el camino de Fulde, Eisenach y Weimar, es decir, el camino central de Alemania, el que pasa á la izquierda de la selva de Thuringe. Con este fin situó parte de su ala izquierda, compuesta de los cuerpos quinto y sétimo, y mandada por los mariscales Lannes y Augereau, hácia Koenigshofen é Hildburghausen, en el Werra, para dar á entender que iba á trasladarse á la Hesse alta. Y efectivamente, esto era bastante para engañarlos; pero Napoleon no se limitó á esto, sino que quiso aumentar su incertidumbre, mandando hacer otras demostraciones por la parte de Wesfalia. La marcha del rey de Holanda, antes de la cual se hicieron correr voces falsas, tuvo este objeto; pero con todo, no se logró engañar á los prusianos hasta el punto de persuadirles que Napoleon iba á dar el ataque por Wesfalia, pues además de la presencia del ejército francés en Franconia, bastó para que penetrasen el engaño una circunstancia accesoria. La division de Dupont, que desde los combates de Haslach y Albeck, estaba separada del cuerpo principal del ejército, fué enviada hácia el bajo

Rhin, á fin de que ocupase el gran ducado de Berg; pero al aproximarse la guerra, volvió hácia Maguncia y Francfort, movimiento de derecha á izquierda que quitaba toda verosimilitud á una operacion ofensiva por la parte de Wesfalia, y hacia creer que el ataque seria, ó por el pais de Fulde, ó por Franconia, sea á izquierda, sea á derecha de la selva de Thuringe. La duda consistia en cual de estos dos caminos preferiria Napoleon, duda que este profundo calculista mantenía con gran esmero en el ánimo de los generales prusianos.

No puede formarse una idea de la agitacion que reinaba entre aquellos desgraciados generales, que reunidos en Erfurt al otro lado de la selva de Thuringe, con los ministros, el rey, la reina y la corte, se ocupaban en deliberar en una especie de confusion difícil de pintar. Las fuerzas prusianas, reunidas al principio en cada circunscripcion militar, se reconcentraron en seguida en dos masas, una en las cercanias de Magdeburgo, al mando del duque de Brunswick, y otra en las de Dresde, á las órdenes del principe de Hohenlohe. El ejército principal, trasladado de Magdeburgo á Naumburgo, situado en las orillas del Saale, y despues á Weimar y Erfurt, se hallaba en aquel momento al rededor de esta última ciudad, formado detrás de la selva de Thuringe, cubierto el frente con dicha selva, y la izquierda con las márgenes escarpadas del Saale. El duque de Weimar, con un fuerte destacamento de tropas ligeras, ocupaba la parte interior de la selva, y hacia reconocimientos, mientras que el general Ruchel formaba la derecha de aquel ejército con las tropas de Wesfalia.

Aquel ejército principal, incluyendo el cuerpo del general Ruchel, podía calcularse en noventa y tres mil hombres, y el segundo, organizado en Silesia, había marchado hacia Sajonia, para hacer que el desgraciado elector, que ni tenía interés ni afición á la guerra, para hacer, decimos, persuadiéndolo unas veces, y atemorizándolo otras, que tomase parte en ella. Así es, que despues de vacilar por espacio de mucho tiempo, prometió veinte mil sajones, que eran unos soldados bastante buenos, y entregar el puente de Dresde á los prusianos, con la condicion de que pondrian la Sajonia á cubierto de una invasion enemiga, situando en ella uno de los ejércitos de operaciones. Los veinte mil sajones no estaban prontos, y hacian esperar al príncipe de Hohenlohe, quien iba subiendo lentamente el Saale, para tomar posición frente á los desfiladeros que van á parar de Franconia á Sajonia, y de cara á las tropas francesas allí reunidas. El contingente prusiano del país de Bayreuth, mandado por el general Tanenzien, se había retirado hacia Schleitz al ver que nosotros nos acercábamos, con lo cual formaba la vanguardia del príncipe de Hohenlohe, quien con los veinte mil sajones que esperaba, y los treinta y tantos mil prusianos de Silesia, debía mandar un cuerpo de mas de cincuenta mil hombres.

A esto se reducian los dos ejércitos prusianos, consistiendo toda la reserva en un cuerpo de quince mil hombres que se hallaba en Magdeburgo, á las órdenes de un príncipe de Wurtemberg, indispuerto con su familia. A esto es preciso agregar las guarniciones de las plazas del Oder y el Vístula, que ascendian á unos veinte y cinco mil

hombres: de suerte que, contando los veinte y cinco mil sajones, los prusianos solo tenían á su disposición de ciento ochenta á ciento ochenta y cinco mil hombres, ó lo que es lo mismo, de ciento sesenta á ciento sesenta y cinco mil suyos propios (1).

Iban, pues, á contrarestarnos con ciento ochenta mil alemanes contra ciento noventa mil franceses, á quienes debian seguir dentro de poco otros cien mil, y que eran tan aguerridos, que podian presentarse en la proporción de uno contra dos, y aun algunas veces de uno contra tres, delante de las mejores tropas europeas: esto sin ha-

(1) A continuacion verán nuestros lectores el número mas exacto, á nuestro parecer, de las fuerzas prusianas:

	Hombres.
Vanguardia al mando del duque de Weimar. . .	40,000
Cuerpo principal mandado por Brunswick. . .	66,000
Tropas de Westfalia que formaban á las órdenes del general Ruchel la derecha de Brunswick. . .	47,000
<b>Total del ejército principal. . . . .</b>	<b>93,000</b>
Cuerpo del príncipe de Hohenlohe, incluidos los sajones. . . . .	50,000
Reserva al mando del príncipe de Wurtemberg. . .	15,000
Guarniciones del Oder y el Vístula. . . . .	25,000
<b>Total de las fuerzas prusianas. . . . .</b>	<b>183,000</b>

Podemos calcular sin embargo que eran ciento ochenta y cinco mil, pues generalmente se hacia subir á mas de cincuenta mil el número de soldados que mandaba el príncipe de Hohenlohe.

blar del peso que arrojaban en la balanza el genio y la presencia de Napoleon. Era de consiguiente una locura insigne por parte de los prusianos acometer semejante lucha, aunque no contemos la falta política de una guerra entre Prusia y Francia, falta que debe recaer sobre ambas naciones. Por lo demás, los prusianos eran valientes, como siempre lo han sido los alemanes; pero desde que se concluyó la guerra de Siete Años, es decir, desde 1763, no habian figurado en ninguna guerra formal, pues aunque en 1792 intervinieron en la lucha trabada entre la Europa y la revolucion francesa, esta lucha duró poco, y no fué muy encarnizada. Así es, que no habian participado de ninguno de los cambios introducidos en el espacio de quince años en el modo de organizar las tropas europeas, consistiendo para ellos el arte de la guerra en una regularidad de movimientos, que vale mucho mas en una maniobra que en un campo de batalla. Además, llevaban consigo un número de bagages, suficiente por sí solo para perder á un ejército, merced á los obstáculos que de ellos resultan en las marchas. A mayor abundamiento, los prusianos, y sobre todo los oficiales, abrigaban un orgullo estremado, orgullo que nace de una gran fuerza moral: pero con él andaba mezclado un sentimiento mucho mas noble aun, esto es un patriotismo ardiente si irreflexivo.

Su ejército pecaba no menos que por la calidad de las tropas, por la confusion de pareceres. El rey habia confiado la direccion de aquella guerra al duque de Brunswick, teniendo en cuenta la fama que de antiguo disfrutaba el sobrino y discípulo de Federico el Grande; pero hay reputacio-

nes que por muy bien cimentadas que estén, pierden algunas veces los imperios. Efectivamente no puede negarse el mando á los hombres que han adquirido gran nombradía, y así que se les da, conociendo el público que la gloria oculta pura insuficiencia, critica la misma eleccion que el ha impuesto, y la empeora debilitando con la critica la autoridad moral del que manda, sin considerar que la autoridad material nada vale sin ella. Esto es lo que sucedia con respecto al duque de Brunswick: los prusianos deploraban en lo general aquella eleccion, espresándose de un modo de que seria imposible hallar egemplo en otra parte, pues no parecia sino que la nacion de que vamos hablando, habia nacido en el seno del ejército la libertad del pensamiento y de la palabra. El duque de Brunswick, que tenia no pocas luces, ventaja que no siempre poseen los hombres cuyo mérito ha exagerado la fama, no se creia con la aptitud necesaria para dirigir una guerra tan activa y terrible como todas las de aquella época; pero aceptó el mando porque como anciano era débil, y porque no queria tener el pesar de haberlo dejado en manos de algun rival suyo. Así es que se hallaba agoviado bajo el peso de aquella carga, y juzgando á los demas tan bien como se juzgaba á sí mismo, apreciaba en lo que valia la locura de la corte y de los nobles que secundaban sus esfuerzos, causándole no menos terror que su propia incapacidad. Al lado del duque de Brunswick se hallaba otro resto del reinado de Federico, á saber el anciano mariscal de Mollendorf, cargado de años, pero modesto, adicto á su patria, y que no egercia autoridad alguna, dando

consejos únicamente, porque como el rey estaba lleno de incertidumbre en todo y por todo, no se atrevía á tomar el mando ni se decidía á confiarlo enteramente á nadie, consultando acerca de todas las resoluciones de su estado mayor y deliberando sobre cada orden antes de permitir su cumplimiento. A la debilidad de los ancianos hay que agregar las pretensiones de los jóvenes, quienes estaban convencidos de que ellos eran los únicos que tenían talento y derecho para dirigir la guerra. El principal de ellos era el príncipe de Hohenlohe, jefe del segundo ejército, y uno de los soberanos alemanes despojados de sus estados por la confederación del Rin. Lleno de pasiones y orgullo, adquirió en la guerra de 1792, gracias á algunos rasgos de atrevimiento que fué á coronar la fortuna con un buen éxito, la reputación de un general hábil y emprendedor, reputación muy poco merecida, pero que bastó para inspirarle la ambición de ser un jefe independiente del generalísimo, y obrar con arreglo á sus propias inspiraciones. Pidió, pues, al rey que se lo concediese, y no atreviéndose éste ni á acceder ni á resistir á sus deseos, permitió que al lado del comandante en jefe, hubiese otro secundario, mal definido, y que tendía al aislamiento y la insubordinación. Queriendo desde entonces el príncipe de Hohenlohe atraer la guerra hácia sí, hacia esfuerzos para ver de establecer el teatro de las operaciones militares en la parte alta del Saale, que era donde él se hallaba, mientras que el duque de Brunswick aspiraba á fijarlo detras de la selva de Thuringe, á donde habia ido á situarse; conflicto que debía producir consecuencias

muy tristes. Al lado de estos figuraban los declamadores, como el general Ruchel, que se propasó hasta el extremo de ofender á Mr. de Haugwitz, y el príncipe Luis, que tanto habia contribuido á inducir á la corte, decididos unos y otros á favorecer únicamente el plan que consistiese en tomar al momento la ofensiva, por temor de que hubiese un cambio en la opinion, y Federico Guillermo y Napoleon se aviniesen. Entre aquellos generales, se distinguia uno que formaba contraste con los demas: llamábase Kalkreuth, tenia menos edad que los unos, no era tan joven como los otros, aventajaba á todos en talento, podia aun arrostrar las fatigas, aunque habia tomado una parte gloriosa en las campañas del gran Federico, gozaba con justo título la confianza del ejército, creia una extravagancia la actual guerra, juzgaba al general en jefe como un hombre incapaz, y decia su opinion con una audacia que contribuía á minar poderosamente la autoridad del generalísimo. El ejército queria que el mariscal de quien vamos hablando lo mandase, aunque tal vez no se hubiese portado mejor que el duque de Brunswick, en presencia de los franceses y de Napoleon. A estos personajes militares se habian unido varios otros civiles, como Mr. de Haugwitz, primer ministro; Mr. Lombard, secretario del rey; Mr. de Lucchesini, ministro de Prusia en París, ademas una porción de príncipes alemanes, entre los cuales se hallaba el elector de Hesse, á quien querian aunque inútilmente, inducir á que tomase parte en la guerra, y por último, para colmo de confusión, la reina con algunas damas de su servidumbre, la reina que se presentaba á caballo á las tropas, las

cuales la victoreaban con entusiasmo. Cuando los hombres sensatos preguntaban que hacia allí aquella augusta señora, que tan mal pegaba por su rango y su sexo en un cuartel general, respondian que su energia era muy útil, que ella era quien sostenia al rey en su resolucion, de suerte que para disculpar su presencia en el ejército alegaban una razon tan fuera de propósito como esa misma presencia.

Mr. de Haugwitz, Mr. Lombard, y todos los antiguos partidarios de la alianza francesa, procuraban conseguir su perdon desaprobando su anterior conducta de un modo muy poco honroso para ellos. MM. de Haugwitz y Lombard, que tenian bastante talento para juzgar lo que estaba pasando á su vista, y que debieron retirarse cuando vieron que no predominaban las ideas de paz, para dejar á Mr. de Hardemberg las consecuencias que podian producir las ideas de guerra, se mostraban, por el contrario, muy acalorados, para que se creyese en la sinceridad de su nuevo modo de pensar, llevando su debilidad hasta calumniarse á sí mismos, pues insinuaban que su aficion á la alianza francesa tenia por objeto engañar á Napoleon, y retardar un rompimiento que previan, pero cuyo término habia mandado terminantemente alejar, el rey siempre amigo de la paz. Pasar por truanes en otro tiempo, á fin de que hoy se nos tenga por sinceros, es una conducta muy poco hábil y honrosa. Así es que lo que ganaba Mr. de Haugwitz obrando de este modo, era perder en un dia el mérito de haber seguido una politica acertada, para cargar con la responsabilidad de otra desastrosa que no era suya.

Habia entonces en Alemania un escritor de folletos dotado de talento y elocuencia, enemigo declarado de Francia, y cuyas pasiones patrióticas, aunque verdaderas, no eran desinteresadas del todo, pues los gabinetes de Viena y Londres le pagaban sus diatribas. El escritor á quien aludimos era Mr. de Genz, que se ocupaba hacia muchos años en estender los manifiestos de la coalicion, y llenaba los periódicos de Europa de declamaciones virulentas contra Francia. MM. de Haugwitz y Lombard le llamaron al cuartel general prusiano para que redactase el manifiesto de Prusia, y suplicaban á aquel autor de libelos, le halagaban, le daban mil excusas, colmándole de atenciones, hasta presentarlo á la reina, y haciendo de modo que tuviese entrevistas con esta princesa. Despues de haberlo denunciado muchas veces á Francia como un cizañero vendido á Inglaterra, rogabanle en aquel momento que inflamase contra esa misma Francia todos los corazones alemanes, encargándole ademas saliese garante en Austria de su sinceridad, y los disculpase de no haber peleado antes contra el enemigo comun, asegurando que siempre le habian aborrecido.

En aquella estraña reunion de militares, príncipes, ministros, hombres y mugeres, todos los cuales se mezclaban en opinar, aconsejar, aprobar ó censurar, se discutía acerca de la política y la guerra, procurando Mr. de Haugwitz, que queria prolongar sus ilusiones, como en otro tiempo quiso prolongar su poder, persuadir á todos y á cada uno, que todo iba bien, muy bien, mucho mejor de lo que podia esperarse. Para ello se alababa de haber hallado en el Austria disposiciones su-

mamente amistosas, hablando de comunicaciones secretas que presagiaban no tardaría aquella potencia en tomar parte en la guerra; celebraba la generosidad del emperador Alejandro, publicando como noticia cierta la llegada próxima al Elba de tropas rusas; daba por adquirido el consentimiento del elector de Hesse, añadiendo iban á reunirse al ejército prusiano treinta mil hessenses, que eran los mejores soldados de la confederacion; y por último, anunciaba la repentina reconciliacion de Prusia con Inglaterra, y la salida de un plenipotenciario británico para el cuartel general prusiano. Mr. de Haugwitz no podía creer sin embargo en la veracidad de estas noticias, pues sabía que acordándose Austria de la conducta que con ella habían observado, solo se uniría á Prusia el día en que Napoleon fuese vencido, es decir, cuando ya no la necesitase; que las tropas rusas llegarían al Elba dentro de tres ó cuatro meses, es decir, cuando ya se hubiese decidido la cuestion; que el elector de Hesse, siempre astuto, aguardaba para declararse el éxito de la primera batalla que se diese; que Inglaterra, en fin, cuya reconciliacion con Prusia era cierta efectivamente, solo podía suministrar dinero, cuando lo que ella necesitaba era soldados para oponerlos á los terribles guerreros que mandaba Napoleon. Sabía que la cuestion consistía en vencer con el ejército prusiano, reducido á sus propias fuerzas, enervado con el tiempo que llevaba de paz, y mandado por un viejo, al ejército francés, que en el espacio de quince años no había hecho otra cosa sino conseguir victorias, y militaba á las órdenes de un hombre como Napoleon, pero procuraba engañarse á

sí mismo y engañar á los demas un día, una hora siquiera, y esparcía voces á que no daba crédito, esforzándose en querer cubrir con algunas sombras el precipicio hácia que caminaban.

No era mejor la disposicion de ánimo en que se hallaban para discutir los planes de campaña, pues todo lo que habían deducido de las grandes lecciones de arte militar que Napoleon había dado á Europa, es que era preciso tomar la ofensiva sin detencion alguna, derrotar á los franceses con sus propias armas, es decir, con la audacia y la celeridad, y como Prusia no era capaz de sufrir por mucho tiempo los gastos de un gran armamento, hacer por acabar de una vez, dando una batalla decisiva con todas las fuerzas de la monarquía. Formalmente estaban persuadidos, á pesar de lo de Austerlitz, Hohenlinden, y otras cien batallas campales, que los franceses por su prontitud en el obrar y su destreza, eran á propósito mas que nada para la guerra de parada, pero que en una accion general en que jugasen grandes masas, podría mas que su agilidad la táctica tan sólida como bien entendida del ejército prusiano. Para ser escuchado favorablemente, se necesitaba allí hablar de guerra ofensiva, y si hubiese habido uno que se presentase con un plan de guerra defensiva, por muy bien razonado que fuese; si alguno hubiera invocado las reglas eternas de la prudencia para decir que á un enemigo de tanta experiencia, tan impetuoso é invencible hasta entonces, era preciso oponer el tiempo, el espacio y obstáculos naturales perfectamente escogidos, sabiendo esperar la ocasion, que la fortuna no concede á los hombres temerarios que se anticipan á ella, ni á

los tímidos que evitan su encuentro, sino á los que se aprovechan de ella así que se presenta; cualquiera que se hubiese atrevido á dar semejantes consejos, habria pasado por un cobarde ó un traidor vendido á Napoleon. Sin embargo, como entonces no podia hacer frente el ejército prusiano al francés, el simple buen sentido aconsejaba que presentasen á Napoleon obstáculos que no fuesen pechos de soldados. Estos obstáculos, segun ya podia preverse, y la esperiencia reveló bien pronto, eran la distancia, el clima y la reunion de fuerzas rusas y alemanas en los bajos helados del Norte, no dejando, con marchar hácia adelante, que Napoleon se ahorrase la mitad de la distancia; que la guerra se trasladase á un clima templado, y que se aprovechase de la ventaja de pelear contra los prusianos antes de que llegaran los rusos. Lo que convenia sobre todo, tratándose como se trataba de un enemigo tan listo, tan diestro y tan hábil en aprovecharse de un movimiento falso, era no esponerse, tomando una posicion demasiado avanzada, á ser cortados en su línea de operacion, separados del Elba ó del Oder, envueltos y destruidos desde el momento de principiar la guerra. Los austriacos, á quienes tanto habian criticado el año anterior, debian haber servido de leccion, é impedido con el recuerdo de sus descalabros, que los alemanes fuesen sorprendidos, derrotados y desarmados por segunda vez, antes de que llegaran á socorrerlos sus aliados del Norte.

Así, pues, enseñaba la prudencia que, en vez de avanzar hácia los bosques cubiertos de arbolado que separan el valle del Elba del del Rhin, se mantuviesen simplemente en masa detras del El-

ba, única barrera que podia contener á los franceses, les disputasen el paso del mejor modo posible, luego el Elba pasado ya por ellos, se retirasen al Oder, y del Oder al Vistula, hasta reunirse con los rusos, procurando dar acciones parciales, que sin comprometerles hubieran hecho que los prusianos se acostumbrasen de nuevo á la guerra, costumbre que habian perdido hacia mucho tiempo. Cuando se hubiesen reunido ciento cincuenta mil prusianos con otros ciento cincuenta mil rusos, en las llanuras pantanosas unas veces y heladas otras de Polonia, hubiera tenido Napoleon, y no de otro modo, que luchar con serias dificultades.

Repetimos que no se necesitaba genio, sino simplemente buen sentido para concebir semejante plan; además de que habia un francés, un gran general, Dumouriez, en fin, que en otro tiempo salvó á Francia contra ese mismo duque de Brunswick, y que depravado despues en el destierro, procuraba aconsejar á nuestros enemigos, sin que estos le oyesen, que enviaba memorias y mas memorias á los gabinetes europeos, para manifestarles que el medio mas seguro de luchar contra Napoleon, era oponerle las distancias, el clima, el hambre y las ruinas. Tan cierto estaba de ello el mismo Napoleon que cuando supo que los prusianos avanzaban mas allá del Elba, se negó á creerlo al principio (1).

Es verdad que de adoptar semejante plan, se perdía la cooperacion de Hesse y Sajonia, se abandonaba á merced del enemigo sin pelear las pro-

(1) A continuacion verá nuestros lectores parte de una car-

vincias mas bellas de la monarquía, así como los recursos que tanto abundaban en aquellas provincias, y se comprometia el honor de las armas con una retirada tan brusca; pero estas objeciones, graves á no dudar, eran mas especiosas que verdaderas. Efectivamente, la Hesse no queria ponerse en manos de hombres que llevaban estampado en la frente el sello de la derrota, y veinte mil sajones no valian la pena de sacrificar por ellos un buen sistema de guerra. En cuanto á las

ta que revela el modo de pensar de Napoleón acerca de esto:

*Al mariscal principe de Neufchatel.*

Saint-Cloud 24 de setiembre de 1806.

Mi querido primo: os envío copia de las órdenes que he dado para que el ejército se ponga en movimiento, copia que os dirigí el día 20 del que corre por la mañana, y que siento no haberos enviado doce horas despues de haber salido mi correo de 20 de setiembre, porque pudo haber sido interceptado. Sin embargo, no tengo motivos para temerlo, y el 24 al medio día, debéis haber recibido mi primer correo del 20. Cuando esta carta llegue á vuestras manos, que sin duda será el 27, habrá recibido órdenes el mariscal Soult para que se ponga en marcha el 26; y como se necesitan tres ó cuatro dias de camino para ir á Amberg, podrá estar allí el 30, aunque se le ha mandado que no llegue hasta el día 3 del mes entrante. Os espido, pues, la presente, que recibireis el 27 para que aceleréis el movimiento del mariscal Soult. *Importa mucho que llegue pronto á Amberg, pues el enemigo está en Hof, estravagancia de que no le creia capaz, figurándome que permanecería á la defensiva á lo largo del Elba...*

NAPOLÉON.

provincias que tenían escrúpulo en abandonar iban á perderse de grado ó por fuerza así que Napoleón hiciese un movimiento ofensivo, y habiendo como le habian visto recorrer el Austria á pasos de gigante, sin que le detuvieran montes ni rios, era una puerilidad contar con el espacio. Esas líneas de la selva de Thuringe, el Elba y el Oder, que temian tener que entregar, iba á arrebatárselas Napoleón con solo una maniobra, sin que pudieran irse retirando por grados, antes, por el contrario, perdiendo segun ellos mismos conocian, además de las provincias comprendidas en aquellas líneas, el ejército, es decir, la monarquía. Por lo que hace en fin al honor de las armas, era preciso tener en poco las apariencias, pues nunca ha comprometido la reputacion de un ejército una retirada que pueda atribuirse á cálculo.

A mayor abundamiento, ninguna de estas ideas se habia discutido en el tumultuoso consejo donde deliberaban acerca de las operaciones de la próxima guerra el rey, los principes, los generales y los ministros. Reinaba en él tal entusiasmo que solo se permitia discutir acerca de planes ofensivos, y todos estos planes tendian á llevar el ejército prusiano á Franconia, esto es á donde estaba acantonado el ejército francés, para ver de sorprenderlo, y rechazarlo hácia el Rhin, antes de que tuviese tiempo de reconcentrarse.

El plan que mas convenia á la prudencia del duque de Brunswick, era permanecer agazapado detras de la selva de Thuringe, y esperar en aquella posicion á que Napoleón desembocase por un lado ú otro de dicha selva, esto es por los desfiladeros que de Franconia van á parar á Sajonia, ó por el

camino central de Alemania, que va de Francfort á Weimar. En el primer caso, hallándose los prusianos á la derecha de la selva de Thuringe, y teniendo cubierto el frente con Saale, no tenían que hacer otra cosa sino dejar que Napoleon avanzase, pues si les embestia antes de ir mas lejos, ellos le oponian las orillas del Saale, casi imposibles de pasar delante de un ejército de ciento cuarenta mil hombres, y si corria hácia el Elba, iban en su seguimiento, siempre protegidos por esas mismas orillas. Si, por el contrario, aunque esto era lo menos probable, teniendo en cuenta el sitio escogido para la reunion principal de las tropas de Napoleon, atravesaba toda la Franconia para ganar el camino central de Alemania, la travesia era tan larga, que tenían tiempo para reunirse en masa, y escoger terreno apropiado para dar la batalla, en el momento en que desembocase de los montes. A no adoptar desde luego para primer teatro de guerra defensiva la línea del Elba, lo mejor que habia que hacer seguramente era situarse detras de la selva de Thuringe, como habia dispuesto el duque de Brunswick.

Pero aunque este era su parecer, no se atrevió á proponerlo, y dejandose llevar del impulso general, imaginó un plan de guerra ofensiva, mientras que el príncipe de Hohenlohe, que era quien solia contradecirle, imaginaba otro. Para tomar la posicion que ocupaban, habia salido de Magdeburgo el duque de Brunswick, y el de Hohenlohe de Dresde, volviendo á subir el primero por la orilla izquierda del Saale, y el segundo por la derecha; de suerte que, siguiendo el sistema de la guerra ofensiva, se podia pasar como ya hemos di-

cho, por un lado ú otro de la selva de Thuringe, ó volver á subir por la parte alta del Saale, y atravesar los desfiladeros que ponen en comunicacion á Sajonia con Franconia, delante de los cuales iban reuniéndose entonces los franceses, ó bien dirigirse al lado opuesto, atravesar la Hesse alta y marchar de Eisenach hácia Fulde, Schweinfurt y Wurtzburgo. Queriendo el príncipe de Hohenlohe hacer el principal papel, proponia que el duque de Brunswick se quedase en el sitio donde se hallaba, mientras él volvia á subir por la parte alta del Saale, pasaba los desfiladeros de Franconia, caia sobre el Mein alto, sorprendia á los franceses apenas reunidos, y los rechazaba hácia el Mein bajo, sobre Wurtzburgo, Francfort y Maguncia. Una vez empezadas á ser rechazadas las tropas francesas, el duque de Brunswick se uniria á él, por cualquier camino que fuese, para acabar de derrotar á los franceses con las fuerzas prusianas en masa.

El duque habia formado el proyecto de obrar por la parte opuesta, dirigirse hácia adelante por Eisenach, Fulde, Schweinfurt y Wurtzburgo, es decir por el camino central de Alemania, caer sobre el mismo Wurtzburgo, y cortar de este modo á los franceses que se hallaban en Franconia, el camino de Maguncia. Este proyecto valia mas que el otro seguramente, pues mientras que el príncipe de Hohenlohe, con proponer que desembocasen hácia el Mein alto, hubiera replegado á los franceses hácia el Mein bajo, de Coburgo á Wurtzburgo, y hecho que al replegarse se reuniesen, el duque de Brunswick, por el contrario, con dirigirse hácia el mismo Wurtzburgo, hubiera cortado á los franceses que se hallaban en el Mein alto de los

que estaban en el bajo, interponiéndose entre Wurtzburgo que era el punto céntrico donde iban reuniéndose, y Maguncia que era su base de operaciones: esto sin contar que hubiera obrado con ciento cuarenta mil hombres reunidos, é intentado la ofensiva con las fuerzas que para ello son necesarias á todo el que se atreve á tomarla. Empero, cualquiera que fuese el plan que adoptasen, era preciso para que hubiese probabilidades de buen éxito, en primer lugar, que el ejército prusiano fuese, ya que no igual en mérito al francés, capaz á lo menos de sufrir un choque con él; y en segundo, que se anticipasen á Napoleon, sorprendiéndole antes que concentrase sus fuerzas hácia Wurtzburgo. Ahora bien, el duque de Brunswick mandó emprender el movimiento el día 10 de octubre, y Napoleon se hallaba en Wurtzburgo el 3, á la cabeza de sus fuerzas reunidas, y en estado de poder hacer frente á todo cuanto sobreviniera.

Mientras que disputaban de este modo acerca de planes ofensivos que se fundaban en el ridículo supuesto de sorprender á los franceses el día 10 de octubre, cuando Napoleon se hallaba el 3 en medio de sus tropas reunidas, supieron su llegada á Wurtzburgo, empezando á columbrar á donde tendian sus disposiciones. Entonces conocieron que habian hecho mal en calcular su actividad por la de que ellos se sentian dotados, y el duque de Brunswick, que si no tenia el golpe de vista, la resolucion y la actividad propias de un gran general, estaba no obstante muy acostumbrado á ver las cosas bajo su verdadero aspecto, conoció mas que ninguno lo peligroso que era ir á afrontarse con el ejército francés ya reunido, y

teniendo á Napoleon á su cabeza. Desde aquel mismo instante, pues, renunció á proyectos de ofensiva, concebidos por condescendencia, y se fijó mas y mas en que debia permanecer en la posicion ofensiva tomada detrás de la selva de Thuringe, esforzándose en querer demostrar á cuantos le rodeaban las ventajas de aquella posicion, y repitiéndoles que si Napoleon pasaba por Kœnigshofen, Eisenach, Gotha y Erfurt, con lo cual iba á parar á Alemania por la carretera central, podian cogerle por el flanco, en el momento en que desembocase por los montes; y si, por el contrario, se presentaba en los desfiladeros que van á parar de Sajonia á Franconia, hácia la parte alta del Saale, podian ocupar el curso de este rio, y esperarle á pie firme detrás de sus escarpadas orillas. Otras razones tenia el duque que no confesaba, para preferir decididamente aquella posicion: allá en el fondo de su corazon censuraba la guerra, y acababa de descubrir con no poco regocijo una probabilidad de conjurarla. A creer lo que decian los espías, Napoleon habia mandado hacer grandes obras defensivas hácia Schweinfurth, en el camino que va desde Wurtzburgo á Kœnigshofen y Eisenach, y aunque era verdad que deseando engañar Napoleon á los prusianos dispuso se hiciesen obras en diferentes direcciones, especialmente en la de Schweinfurth, Kœnigshofen, Hildburghausen y Eisenach, el duque de Brunswick deducia de esto, no que Napoleon pensaba presentarse por la carretera central que va de Francfort á Weimar, sino que queria situarse al rededor de Wurtzburgo, y tomar allí una posicion defensiva. Las conferencias que te-